La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 20 de abril de 1908 — Núm. 1.373

EL CARTERO RURAL EN FRANCIA, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

ADVERTENCIA

Terminada en el presente número la publicación de «Alegre,» de Martínez Zuviría, comenzaremos en el próximo la publicación de la novela inglesa

EL HEREDERO,

original del reputado escritor G. Sydney C. Grier, con ilustraciones del notable dibujante G. P. Jacomb-Hood, cuya propiedad hemos adquirido para su traducción en España y que no dudamos será muy del agrado de nuestros lectores, así por la originalidad del asunto como por el interés que ofrece el desarrollo de su acción.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *La bondad de amar*, por José Francés. – *La medalla artística en los tiempos modernos.* – *Expedición del buque «Jacques-Cartier» al Océano Ártico.* – *De Marruecos. Operaciones en Settat. Muley Hafid.* – *Barcelona. Gran Teatro del Liceo. Temporada de primavera.* – *Problema de ajedrez.* - *Alegre*, novela ilustrada (conclusión). – *Tolón. Monumento á las víctimas de la catástrofe del «Jena.»* – *Roma. En las ruinas del Coliseo.* – *Suresnes. Inauguración de un monumento á Zola.*

Grabados.— *El cartero rural en Francia*, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge. – Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el artículo *La bondad de amar*. – Veinte reproducciones de medallas y planchitas artísticas. – *Cubierta del buque expedicionario «Jacques-Cartier.»* – *Grupo de los expedicionarios al Océano Ártico.* – *Soldados marroquíes de la mehalla del hermano del sultán.* – *El guardián del fuerte de Rottenburg.* – *El teniente Du Boucherón al frente de su escuadrón de spahis.* – *El bajo Teodoro Chaliapine en la ópera «Mefistófeles.»* – *El barítono Titta Ruffo en la ópera «Hámlet.»* – *Sir Herberto Enrique Asquith.* – *Graziella Paretto.* – *Cartel anunciador de los Juegos Florales de Cataluña*, obra de Ramón Casas. – Figs. 1, 2 y 3. *Submarino para la pesca de esponjas en la costa de Túnez.* – *Tolón. Inauguración del monumento á las víctimas de la catástrofe del «Jena.»* – *Roma. Peregrinos rezando en las ruinas del Coliseo.* – *Suresnes. Monumento á la memoria de Emilio Zola.* – *Marruecos. El sultán Abd-el-Aziz y el intérprete Si Kadur ben Gabrit.*

REVISTA HISPANO AMERICANA

Puerto Rico: los unionistas contra el Consejo Ejecutivo y los burócratas yanquis: aspiración á la independencia; capacidad de los portorriqueños para tener gobierno propio: las víctimas de la anemia. – *México:* la conferencia de banqueros y la circular de la Secretaría de Hacienda: la fusión de los ferrocarriles. – *Colombia:* nuevo ministerio: la situación económica, sus causas y sus remedios. – *Venezuela:* el conflicto con los yanquis: las exigencias de Roosevelt, la firmeza de Castro y las sentencias de los tribunales venezolanos.

A juzgar por recientes discursos y escritos de las personalidades más distinguidas del partido político que se apellida «Unión de Puerto Rico,» vienen haciéndose grandes esfuerzos y sacrificios para no romper con el gobierno, es decir, el Consejo Ejecutivo. Dispuestos se hallan los unionistas á aceptar y aplaudir lo bueno que aquél haga; pero se oponen y opondrán firmemente á leyes contrarias al interés, á los derechos y á la dignidad de los isleños.

Mantiénese viva la protesta contra el régimen implantado por los norteamericanos, sobre todo contra ese Consejo de once individuos, en el que hay seis yanquis que no conocen ni la historia, ni las costumbres, ni el lenguaje de Puerto Rico. «Mientras tal régimen moralmente imposible subsista—decía el señor De Diego—tiene que persistir la protesta vibrante de los portorriqueños, aun cuando sean buenos los hombres del Gobierno. Pero si este régimen despótico es aplicado despóticamente, entonces la protesta llegará á los límites de la desesperación y nuestra voz será una imprecación máxima, terrible, resonante y trascendente en el mundo, contra la ley y contra los hombres que así oprimieran y ahogaran á un pueblo débil, inerme, sin otro auxilio que el de Dios, en la soledad y en el desamparo eterno del Océano.»

Otro de los más significados jefes unionistas, Muñoz Rivera, alzaba también su voz para expresar el dolor de los portorriqueños por las injusticias realizadas contra ellos en nombre del pueblo yanqui. No admite la pretensión injusta y deprimente de superioridad que se atribuyen los yanquis sobre los portorriqueños. Unos y otros no caben juntos en los estrechos moldes de un régimen que coloca los destinos de la patria en manos exóticas é imperitas. Hay que impedir que vayan á Puerto Rico esos burócratas que nada llevan, que nada nuevo enseñan y que van, lenta ó rápidamente, sembrando los gérmenes de la desconfianza para que algún día, próximo ó remoto, broten los amargos frutos de la desesperación.

Estas voces y protestas de los unionistas de Puerto Rico, secundados por otros partidos, revelan que los portorriqueños quieren tener patria, y no la tienen, aunque hagan tremolar la débil y melancólica bandera de la estrella solitaria al lado de la soberbia bandera de las 45 estrellas. Aún confían en que la una pueda prestar á la otra su sombra y su amparo, repartiendo la justicia y estableciendo la igualdad; pero «si ese ideal no cristaliza—exclamaba el gran orador portorriqueño,—si mi pueblo ha de ser el perpetuo paria sojuzgado y el humilde siervo sin alegría en el presente ni redención en el porvenir, demandaré sin reposo que la estrella solitaria brille solitaria, no envidiando la grandeza de las cuarenta y cinco estrellas que fulguran en la constelación americana.»

Y si llegara día en que, por una ú otra causa, pudiera ser Puerto Rico independiente, ¿tienen sus pobladores capacidad para ejercer con buen éxito las funciones de un gobierno propio? Plantea esta cuestión, y la resuelve afirmativamente, el ex delegado á la Cámara licenciado Sr. Montalvo Guenard.

La cultura intelectual de los portorriqueños es superior á la de muchos pueblos civilizados que disfrutan de gobierno propio como nacionalidades independientes. Tienen también la suficiente cultura política, desarrollada desde los albores del siglo XIX. Bajo la tutela de España supieron gozar y bendecir los bienes de la libertad... La abolición de la esclavitud, que costó un mar de sangre á los Estados Unidos, produjo en Puerto Rico una explosión general de júbilo; aun los perjudicados materialmente por el magno acontecimiento, se unían á las manifestaciones públicas para aclamar la abolición y á sus gloriosos apóstoles... Si después de haber cesado la soberanía española, el pueblo, en especiales momentos de agitación política, pareció intolerante y desordenado, debe tenerse en cuenta, entre otras razones, el proceder de las autoridades yanquis que, tal vez obedeciendo órdenes superiores, estimulaban á los desordenados y consentían toda clase de desmanes con el fin de hacer aparecer á los portorriqueños como una tribu de indios revoltosos é incapacitados para manejar sus propios intereses... El problema social en Puerto Rico es verdaderamente sencillo; apenas concurren elementos que puedan complicarlo de modo que constituya grave amenaza para lo porvenir bajo un gobierno propio. Mientras en los Estados Unidos va siendo cada día más difícil la convivencia de las razas blanca y negra, por el odio creciente y mutuo que se profesan, en Puerto Rico, por el contrario, desaparecen las prevenciones, y los lazos de fraternidad se estrechan más cada día en la convivencia de ambas razas; un cruzamiento natural realiza una gran transfusión de sangre y desarrolla una gran corriente de solidaridad social.

Estas y otras oportunas observaciones que hace el licenciado Montalvo demuestran que hay en Puerto Rico un gran movimiento de opinión contrario á los yanquis y favorable á la independencia.

La miseria y el hambre que entraron en la isla con la administración yanqui siguen causando víctimas. Según los datos que publica la Oficina presidencial de la «Comisión de la anemia en Puerto Rico,» en el mes de enero último murieron 7 enfermos, curaron 1.810 y quedaban 36.166 en tratamiento, en los servicios de dispensario, aparte de los que había en los hospitales.

***

En los primeros días de este mes debe haberse celebrado en México una conferencia de representantes ó delegados de los establecimientos bancarios de la República, á los que convocó el ministro de Hacienda Sr. Limantour con objeto de ponerse de acuerdo á fin de consolidar la situación económica del país.

El ilustre hacendista mexicano se había dirigido á todos los Bancos de concesión federal, por medio de circular firmada el 16 de febrero último, pidiéndoles su concurso para perfeccionar los métodos que usan los establecimientos de crédito y facilitar los negocios.

A medida que se crean intereses y aumenta el volumen de los negocios dentro del país y con otras naciones, mayor necesidad hay de adaptarse á las nuevas condiciones del comercio, poniendo los métodos y la organización bancaria á la altura de las exigencias actuales. Los trastornos á que ha dado lugar la reciente crisis financiera de los Estados Unidos han puesto de manifiesto deficiencias casi inconciliables con el deber de prestar garantía eficaz á todos aquellos que con su capital ó su trabajo cooperan al engrandecimiento del país. Es, pues, la oportunidad de hacer nuevos y vigorosos esfuerzos en el sentido indicado, aprovechando para ello las lecciones de la experiencia.

En la circular á que nos referimos se proponen algunas de las cuestiones que deben ser materia de preferente atención y se hacen breves consideraciones sobre los males que se desea remediar.

Consignaremos también otro hecho de gran importancia desde los puntos de vista económico y financiero: el 25 de febrero se ultimaron las negociaciones para la fusión de los Ferrocarriles Nacionales con el Mexicano Central. La mayor parte de las vías férreas del país quedan, pues, en manos del gobierno federal.

***

En el pasado mes de marzo se ha constituído nuevo ministerio en Colombia. El general Reyes persiste en su política de conciliación, y en el actual gobierno están representados todos los partidos.

Poco antes el presidente había dirigido circular á los gobernadores de los departamentos informándoles acerca de las causas de la difícil situación económica del país y de los medios puestos en juego para conjurarla. Hoy por hoy, las principales entre aquéllas son la langosta y la crisis monetaria universal.

Para combatir á la primera se han enviado los recursos necesarios adonde hacían falta. La carestía de los artículos alimenticios, efecto de las malas cosechas, se remedia declarando libres de derechos de aduana el maíz y el arroz. Mensualmente se gastan 100.000 pesos oro en jornales de los braceros á quienes se ha dado trabajo en las obras de ferrocarriles y carreteras.

Para aminorar los males que ocasionó la crisis monetaria universal, procura el gobierno que vaya del exterior capital en oro. Las empresas de obras públicas no solamente dan trabajo á millares de hombres, sino que les pagan en oro extranjero, que se reparte por todo el país, animando el comercio y las industrias y ayudando á sostener la firmeza del cambio.

La mayor parte del producto de las rentas nacionales se aplica de manera reproductiva y fecunda en pagar puntualmente el servicio de la deuda exterior, en la construcción de ferrocarriles y otros caminos, en fomentar la instrucción, en la reorganización conveniente del ejército y la marina y en todo lo necesario para formar una nación respetable.

Por medio del trabajo honrado y perseverante y subordinando todo otro interés al de la patria se podrá resolver el problema económico, como se ha resuelto el de la paz, que hoy reina en todo el país, sostenida por la firme voluntad de sus habitantes.

***

En estos días reviste otra vez caracteres de gravedad el conflicto yanqui-venezolano promovido por las exigencias de los aventureros y especuladores norteamericanos que pretenden enriquecerse á costa de Venezuela. Son los que fomentan las revoluciones, porque al menor motín tienen ya pretexto para suponer que sus casas ó almacenes han sido saqueados y pedir indemnización, ó para presentar cuentas de anticipos que no hicieron. Claro es que ni el gobierno ni los tribunales del país pasan por ello; pero los que reclaman son extranjeros, y en calidad de tal solicitan el apoyo de sus respectivos gobiernos para que con amenazas ó actos de fuerza obliguen á la víctima á pagar lo que no debe.

Pero el actual presidente de la República de Venezuela no es de los que toleran que su país haga el papel de víctima; antes al contrario, sienta la mano de firme á las empresas ó compañías que tomaron á juego sus compromisos con el gobierno, que no cumplen las condiciones del contrato pactado y que además han intervenido en todos los movimientos revolucionarios, apoyando resueltamente á los adversarios de la actual administración.

Roosevelt sale en defensa de los especuladores yanquis, niega valor á las sentencias de los tribunales de Venezuela y exige que la cuestión se someta al fallo de árbitros. Castro rechaza la exigencia, y el yanqui pide autorización legislativa para usar de la fuerza contra Venezuela.

Entretanto, los tribunales venezolanos siguen imperterritos dictando sentencias: el 12 de marzo el Tribunal Supremo confirmó el fallo del inferior que condenó á la «New York and Bermudez Company» á pagar fuerte multa por haber prestado ayuda á los revolucionarios, hecho público y notorio, y probado documentalmente por testimonios de ciudadanos yanquis y de los mismos empleados de la Compañía.

A pesar de las amenazas de Roosevelt, dúdase mucho que éste se decida á manchar con nuevo borrón la historia de los Estados Unidos del Norte de América.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

Nita Vélez miró fijamente á su amiga, sintiendo comezones de llorar, mordiéndose los labios, apretándose el sobresalto del corazón.

La habitación se iba hinchando en sombra. En la amplia cavidad de la chimenea los leños se encenizaban lentos.

Fuera, moría la tarde de Carnaval. De la Castellana llegaba el rumor de la multitud. A largas pausas, meciéndose en la fina vaguedad del crepúsculo, sonaba tenue y lejana alguna estudiantina.

—Pero di, María, ¿es verdad?; pero ¿es posible?

María Montero afirmó con la cabeza. Al bajarse las negras plumas del sombrero recordaron un pájaro fatídico.

La Montero sentía una perversa voluptuosidad en destruir el hogar recién formado. Hablaba apresurada, frívola, ocultándose en la sombra para sonreir, enseñando los dientes blancos y menudos como ante una golosina.

«Sí; ella lo había visto *con sus propios ojos;* les vió entrar en una casa de la calle Hortaleza, y entonces ya no pudo dudar..., y sintió mucha rabia, sí, señor, muchísima rabia, de que aquél engañase á su Nita.»

—¡Pobrecita mía!

Y la besaba sonoramente, con ruidosos chasquidos, en las mejillas húmedas y ardientes.

«Nada de lloriqueos. Nita no debía apurarse. Ahora ya estaba prevenida, y cuando viniese su marido, hablarle muy clarito, plantear la separación; que él se amansaría, rogaría que le perdonase, y si no lo hacía, ¡mejor que mejor! Hombres no faltan.»

—Por Dios, María...

La Montero comprendió que había ido un poco lejos y volvió á besuquear á su amiga, sintiendo violentos deseos de morderla, recordando su desengaño cuando Mariano Roldán se casó con Nita Vélez.

Lejos, ondulando las campanadas en la muelle largura de los pasillos, un reloj dió las siete.

María Montero se puso en pie con gran revuelo de faldas.

—¡Ay, Jesús! ¡Cómo me he entretenido!

Y volvió á acariciar á Nita, levantándole la barbilla, besuqueándole los ojos, estrechándola contra la cálida blandura del blusón de piel.

—¡Pobre Nita mía! ¡Si vieras cuánto siento darte este disgusto!.. Pero las amigas somos para las ocasiones..., ¿verdad?.. Confía en Dios...

Nita se dejaba acariciar sin decir nada, sintiéndose enfriar el corazón, asombrada de una sordera de insensibilidad que la iba invadiendo.

Salieron al pasillo. La Montero, al ver á la doncella ante la puerta, dispuesta á abrir, procuró disimular.

—Pues sí, hija mía; es una notabilidad ese Anselmi. Canta como un ángel, y luego... ¡tan guapo!.. Adiós, queridita; otro beso.

Nita ofreció maquinalmente sus labios. María Montero empezó á bajar las escaleras, volviendo la cabeza, agitando la mano enguantada de color marrón.

—Retírate, retírate, querida... Saluda á tu marido...

Nita, aplastada de pechos sobre la baranda, la vió desaparecer hundiéndose, hundiéndose hasta oir su taconeo breve y seco en las losas del portal, la voz del portero y un portazo.

Nita dejó el rellano, pasó delante de la doncella sin verla, y al reentrar en el gabinete se dejó caer en el sofá, recobrando su amargura y con ella las lágrimas.

Era ya noche completa. Los leños se habían consumido. Los cristales del balcón tenían una clara azulosidad de cielo sereno y frío en el cual empezaban á temblar las estrellas. A momentos se adivinaba el paso de unas máscaras en las voces roncas y voces de mujer.

Nita se desabrochó el vestido, el corsé. Las peinetas, las horquillas se le clavaban como nunca en el cráneo; sufría estremecimientos de paroxismo, y con el martilleo taladrante de una idea, las palabras de María Montero seguían angustiándola.

«Sí; ella no debía perdonar, debía hablarle claro, plantear la separación; que él se amansaría, pediría que le perdonase..., y si no lo hacía, ¡mejor que mejor!»

Y como un deslumbramiento su vida fué una luz breve que le pasó ante los ojos hinchados de llorar. Primero, su niñez triste; las avarientas paradas ante los escaparates de juguetes y de las confiterías. Después, su juventud más triste aún, teniendo que ganarse la vida, luchando rabiosamente contra el hambre; las largas caminatas en los días invernales, aguazándose, chapoteando en las calles mojadas, tiritando bajo un abrigo raído, yendo de casa en casa, utilizando su maestría en el piano; los días de verano inactivos y lentos asfixiados de sol; las visitas al Monte de Piedad, insaciable, de hombres impasibles y duros de corazón... Y de pronto, sin saber cómo, la boda con Mariano Roldán, hermano de unas discípulas suyas.

Pero esta felicidad esperada tanto tiempo había terminado. Ahora debía ser fuerte, olvidar como en despertamiento de buen sueño y volver á la primera lucha de antes.

* * *

En la puerta del gabinete apareció la doncella.

—¿No cena hoy la señorita?

Nita contestó huraña:

—No; no ceno.

—¿Está mala la señorita? ¿Quiere algo? Son las once.

—Nada, nada; acuéstense. Yo esperaré al señor.

La doncella marchó pasillo adelante, arrastrando los pies.

Nita se arrebujó en una capa, y abriendo el balcón se acodó en el barandal de hierro, vacía de ideas, insensible, mirando sin ver con una estúpida fijeza clavada en las pupilas.

Hacía frío. El cielo tenía una impávida azulosidad agujereada de estrellas. Los balcones fronteros se alargaban en obscuras líneas rectas sobre la piedra gris. En el fondo se adivinaba, desierta y triste de *confetti* pisoteados y pingajos de serpentina, la Castellana.

Lejos, en la sonora y helada ondulación de la noche, fueron sonando las horas desde una torre.

Nita permanecía acodada, inmóvil, en una absoluta anulación de su ser.

Y sin verle llegar, sin sentir sus pisadas en la calle desierta, Nita se dió cuenta de que Mariano Roldán había entrado en la casa.

Corrió al pasillo, firme, desesperadamente firme en sus propósitos de rompimiento. Él ya venía en su busca, inquieto, presintiendo la catástrofe.

—¿Pero qué es esto? ¿Cómo estás levantada á estas horas?

Ella quiso contestarle bruscamente, escupirle insultos; pero sin saber cómo, en un impulso de supremo amor, le echó los brazos al cuello, rompiéndosele entre besos y lágrimas las palabras de bondad.

—¡Perdóname! ¡Perdóname, Mariano mío, y quiéreme mucho, mucho..., porque tu Nita te quiere con toda su alma!

José Francés.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

LA MEDALLA ARTÍSTICA EN LOS TIEMPOS MODERNOS

El renacimiento de la medalla como objeto puramente artístico se debe á Francia, á la obra de Huberto Ponscarme, quien rompió con la tradición de los últimos tiempos y creó un nuevo estilo ó, por mejor decir, restableció el antiguo, aunque sin imitar servilmente sus modelos, logrando para este género artístico la importancia y la consideración que merece.

El ejemplo de Ponscarme fué seguido por otros muchos maestros, que dedicaron á la medalla todas sus energías y todos sus talentos y fueron únicamente medallistas. Con ellos ensanchóse el campo de la medalla y logró ésta una mayor fuerza de expresión, pues mientras el anverso seguía reservándose á un retrato, en el reverso se desenvolvió una inagotable riqueza de formas, de pensamientos artísticos, en los cuales la imaginación veíase guiada por el buen gusto y por un sentimiento de la realidad. Y así las mismas figuras alegóricas no fueron abstracciones frías, sino que tuvieron vida y calor, y en ellas se juntaron lo espiritual y lo real en una nueva é indisoluble unidad. Este renacimiento de la medalla alcanzó también al procedimiento de ejecución y á la forma de la misma; para el primero, prefirióse el fundido en bronce; y en cuanto á la segunda, la forma redonda fué substituída en muchos casos por la cuadrada de las llamadas planchitas, que planteó nuevos problemas en punto á la distribución del espacio.

Con Chaplain aparece aún más determinadamente el tipo genuino de la medalla artística moderna. Sus creaciones son especialmente retratos, y en ellos la cabeza está trazada con rasgos vigorosos y tiene carácter monumental, que también se admira en sus demás composiciones, en las cuales las figuras enteras se presentan claras y sencillas, pero marcadas por amplias líneas y avaloradas por la plástica de sus movimientos.

Por otros procedimientos consigue el mismo fin O. Roty, cuya obra se caracteriza por la minuciosidad del trabajo y por la riqueza de medios y formas, que sabe ordenar y utilizar admirablemente sin caer nunca en el exceso ó en la confusión.

En torno de Chaplain y de Roty agrúpase un círculo de artistas que, en parte, siguen la misma senda por ellos trazada, en parte desarrollan los principios y las tendencias de ellos aprendidos. De este grupo merecen citarse Daniel Dupuis, que por la grandiosidad de sus figuras se acerca á Chaplain, Patey, Vernón, Ribet, Pillet y Coudray, en quienes se manifiesta más claramente la influencia de Roty, aunque cada uno tenga su nota personal, y V. Peter, especialista en el modelado de animales.

Con Alejandro Charpentier surge una personalidad independiente. Partidario convencido de un naturalismo grandioso, renuncia á la reproducción de paisajes y busca la naturaleza en la figura humana desnuda. En ésta desenvuelve toda su maestría, su estilo personal; pero en vez de la amplia línea de Chaplain nos da una silueta vibrante; en vez del reposo monumental, el movimiento de cada uno de los músculos.

Al lado de Charpentier ocupa Ovidio Yencesse el mismo lugar que al lado de Chaplain ocupó Roty. Yencesse dispone su relieve casi plano y sabe disponer las superficies de tal modo que sólo adquieren vida cuando sobre ellas cae y se desliza la luz, de suerte que el verdadero factor de ese arte especial es el mismo que encontramos en los grandes pintores luministas franceses.

Antes de terminar el capítulo de los principales medallistas franceses, citaremos las pocas medallas modeladas por A. Legros que parecen inspiradas en la técnica de los cuatrocentistas italianos.

El ejemplo de Francia fué seguido, aunque con algún retraso, por la escuela alemana que, después de aceptar las influencias francesas, terminó mostrando brillantes iniciativas propias. Los austriacos fueron los que abrieron la marcha con A. Scharff y Tautenhayn (padre), quienes supieron elevar el nivel de la medalla usual haciendo de ella una rama del arte con vida y carácter propios. Un discípulo de Scharff, F. X. Pawlik, sintió directamente la influencia de los franceses, especialmente de Roty, pero á las enseñanzas que de éstos aprendiera dióles un sello propio, y sus paisajes, directamente observados de la naturaleza con espíritu personal, tienen verdadera originalidad. Breithut, Schwartz, Tautenhayn (hijo) y sobre todo Rodolfo Marschall sostienen en la actualidad á gran altura el pabellón de los medallistas austriacos.

El cuadro que nos ofrece Alemania es distinto, pero también más variado: allí, al lado de los medallistas propiamente dichos, hay una porción de artistas que entre otras cosas hacen medallas; y así como en Francia y en Austria esta especialidad se ha concentrado en París y en Viena, en Alemania se ha difundido por los más importantes centros artísticos. Entre las medallas más notables que allí se han producido pueden citarse las de Hildebrand, de una sobriedad admirable y al mismo tiempo de extraordinaria grandiosidad; las del muniquense Armando Hahn, de carácter monumental, y las de los escultores Jorge Wrba y Juan Hartmann Mac Lean, de Dresde.

Como especialista distínguese, desde hace muchos años, Rodolfo Bosselet, que comenzó rindiendo culto al naturalismo para convertirse luego en uno de los estilistas más puros. Los trabajos de Dasio y Romer están también ajustados á un perfecto estilismo, y aunque muy distintos entre sí, tienen de común cierto carácter arcaico. Baltasar Schmitt y Hugo Kauffmann son asimismo reputados justamente como grandes medallistas, y una planchita del último, con un retrato, se considera como modelo en su género.

Daniel Grenier es otro de los que con más éxito ejecutan esta clase de trabajos; su medalla de Schiller, aparte de otras bellezas, tiene la del contraste entre el anverso, en que aparece vigorosa, casi dura, la cabeza del poeta, y el reverso, cuya figura tiene toda la majestad y serenidad de sus poesías.

En Leipzig y en Dresde es en donde el arte de la medalla alemán ha conseguido un mayor grado de florecimiento, figurando en primera línea de los artistas que á él se dedican Pablo Sturm, cuya obra es interesante, sobre todo porque en ella revive, hábilmente manejada, la antigua técnica, es decir, que ejecuta el modelo al mismo tamaño que ha de tener la reproducción, con lo cual resulta ésta mucho más perfecta y conserva toda la expresión y todo el vigor del original.

Félix Pfeiffer y Juan Zeissig son asimismo medallistas notables, especialmente en materia de retratos.

La medalla artística ha alcanzado tambien gran desarrollo en Inglaterra. Entre los muchos artistas que allí cultivan ese género pueden citarse Spicer Simson y Morcom; las obras del primero recuerdan las de los antiguos italianos; las del segundo se distinguen por la poesía y la gracia de su composición.—P.

Schiller,
medalla de Daniel Grenier (anverso)

Erasmo de Rotterdam, planchita de Juan Frei

Schiller,
medalla de Daniel Grenier (reverso)

Jorge Leinfelder,
medalla de Jorge Wrba

El consejero áulico G. Wendt,
medalla de Bruno Elkan

Las cuatro estaciones, medallas de J. H. Morcom

Juana Matilde Claude,
medalla de J. C. Chaplain

In labore quies, planchita de O. Roty

Adolfo Menzel,
medalla de J. Kowarzik

Guardadora de ánades,
planchita de Francisco X. Paulik

Virginia F. Dupuis, medalla de Daniel Dupuis

Planchita
de A. L. Charpentier

S. S. el papa León XIII,
medalla de Rodolfo Marschall

Francisco Lenbach,
medalla de Armando Hahn

Margarita Spicer Simson,
medalla de Teodoro Spicer Simson

Estación florida,
planchita de Daniel Dupuis

El rey Maximiliano y el conde Leonardo,
medalla de J. Tautenhayn

EXPEDICIÓN DEL BUQUE «JACQUES-CARTIER» AL OCÉANO ÁRTICO

Bajo los auspicios de la *Société d'oceanographie* y de la *Ligue maritime française,* ha organizado el ex oficial de la marina de guerra francesa y notable oceanógrafo Carlos Benard la expedición al Océano Artico que salió el día 12 de los corrientes del puerto de Dunkerque á bordo de la goleta *Jacques-Cartier.* M. Benard concibió hace ya tiempo el proyecto de ampliar los conocimientos hasta ahora adquiridos sobre los mares árticos, y su entusiasta campaña de propaganda por medio de conferencias y de publicaciones conquistóle el apoyo de los ministros de Comercio, de Marina, de Instrucción Pública y de Negocios Extranjeros y del príncipe de Mónaco.

Formóse luego un comité, y gracias á los esfuerzos de éste, pero muy especialmente á los de su presidente, Carlos Roux, que lo es también de la Compañía general transatlántica, se reunieron los fondos necesarios, con los cuales se equipó convenientemente el buque *Jacques Cartier.*

No se trata, como algunos han supuesto, de una expedición para la conquista del Polo, sino de un crucero de oceanografía para estudiar importantes problemas prácticos, entre ellos, el de las emigraciones de ciertos peces que interesa á los grandes pesqueros franceses, y el de ciertas investigaciones geológicas en Nueva Zelandia que pueden ser muy provechosas á la industria minera, y otros problemas de orden puramente científico cuya solución, ha tiempo deseada, contribuirá, si se logra, al progreso general.

Cubierta del buque expedicionario «Jacques-Cartier.» (Fotografía de M. Rol y C.ª

El *Jacques Cartier* se dirigirá á las costas de Noruega, estudiará los fondos de pesca del mar de Barentz, entre el Spitzberg y la Nueva Zembla, hará en los fiords de ésta estudios de geología, de historia natural y de magnetismo, penetrará en el estrecho de Matochkin, que divide en dos partes la Nueva Zembla, estudiando la hidrografía y la hidrología de aquellas aguas y haciendo la prospección mineralógica de las vecinas montañas, y finalmente visitará el mar de Kara para estudiar en él una fosa de bajos señalada por Nordenskjold.

Como segundo comandante y oficiales de la expedición van el Sr. Espanet y los aspirantes G. Mœvus y R. Nepven respectivamente; en cuanto á los demás expedicionarios, son el doctor Candiotti, médico de la armada, Sr. Frochot, ingeniero de minas, y los Sres. Bœrsch de Malroy y Bermond, encargados el uno del campamento y el otro de las armas, de la caza y de la pesca.

La salida del *Jacques-Cartier* del puerto de Dunkerque fué presenciada por millares de personas que se agolpaban en los muelles. El alcalde subió á bordo para saludar al comandante Benard, y el Sr. Roux, rodeado de los miembros del comité, se despidió de los expedicionarios.

Pocos minutos después un remolcador condujo al *Jacques-Cartier* fuera del puerto, descubriéndose á su paso la muchedumbre.—T.

Grupo de los expedicionarios que forman la misión francesa que bajo la dirección del ex oficial de la marina de Guerra y notable oceanógrafo, Carlos Benard, salió el día 12 de los corrientes del puerto de Dunkerque á bordo del «Jacques-Cartier,» con rumbo al Océano Artico. (De fotografía de Harlingue.)

DE MARRUECOS.—OPERACIONES EN SETTAT.—MULEY HAFID

Soldados marroquíes de la mehalla del hermano del sultán en el campamento de las inmediaciones de Rabat

El general d'Amade ha terminado la instalación del campamento de Boucherón, dejando en él un fuerte destacamento compuesto de cuatro batallones de infantería y la caballería y artillería correspondientes, y regresando luego á Ber-Rechid.

En el entretanto, una parte de la mehalla de Muley Hafid había ocupado la población de Settat y se disponía al saqueo de la misma, cuando la llegada de las tropas francesas la puso en fuga; y aunque poco después, en la noche del 8 de este mes, las fuerzas hafidianas intentaron recobrarla por sorpresa, no pudieron lograr su propósito, porque fueron rechazadas con grandes pérdidas.

A la mañana siguiente, el general d'Amade emprendió una ofensiva general, á fin de dejar enteramente libres de enemigos los puestos ocupados por sus soldados. Los rebeldes marroquíes fueron perseguidos enérgicamente hasta una distancia de siete kilómetros.

Estas últimas operaciones han impresionado fuertemente á algunas tribus, cuyos caides y notables han acompañado durante las mismas al ejército francés.

Actualmente reina tranquilidad en Settat y en sus alrededores; los habitantes de la ciudad han regresado á ella y pronto volverá á abrirse el mercado.

Además del campamento de Boucherón, ha instalado el general d'Amade otro en el territorio de los Mzamzas, y aún se propone instalar otros, todo con objeto de pacificar por entero la región de Casablanca.

Muley Hafid se muestra cada día más descaradamente hostil á los franceses. En efecto, no sólo su mehalla se apoderó, bien que momentáneamente, de Settat, sino que además ha enviado municiones y artillería á los rebeldes Medakras y ha ordenado á los caides de Mazagán que se apoderen de todos los camellos y acémilas destinados á las tropas francesas y pongan presos á sus conductores.

A pesar de estos aparentes esfuerzos, la decadencia de la causa hafidista es manifiesta. Según noticias de Fez, los principales caides hasta ahora partidarios del pretendiente, están trabajando para lograr la paz y el perdón del sultán legítimo, y una parte de la corporación de los ulemas se ha reunido secretamente para ver la manera, dentro de los preceptos del Alcorán, de volver sobre el acuerdo adoptado en enero último por virtud del cual fué destituído Abd-el-Aziz.

El general Lyautey se ha embarcado en Orán con rumbo á Marsella, desde donde ha ido á París para conferenciar con el gobierno y comunicarle sus impresiones sobre la acción militar y diplomática. Antes de separarse del general d'Amade, éste le ofreció á él y al ministro Sr. Regnault un almuerzo, que se celebró el día 6 en el campamento de Ber-Rechid y en el que se pronunciaron patrióticos brindis. – R.

El guardián del fuerte de Rottenburg

El teniente Du Boucherón al frente de su escuadrón de spahis antes del combate de 29 de marzo último en que fué muerto
(De fotografías de M. Branger.)

EL EMINENTE BAJO TEODORO CHALIAPINE EN LA ÓPERA DE BOITO «MEFISTÓFELES»

(De fotografía de Varischi Artico y C.ª, de Milán)

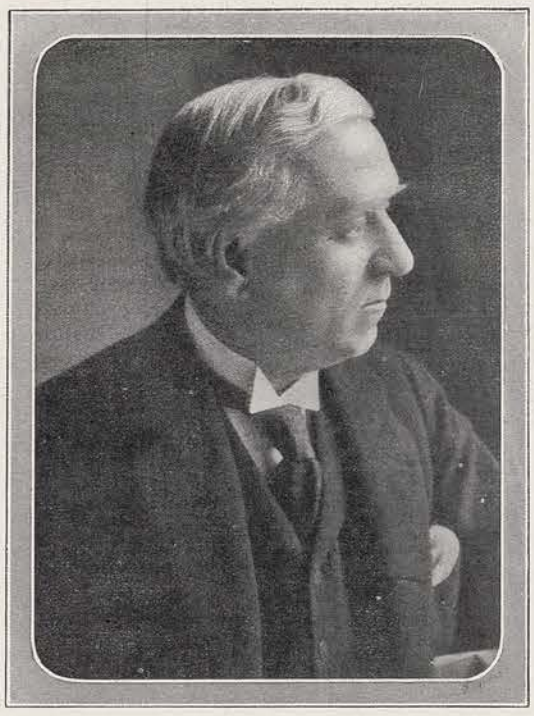
EL EMINENTE BARÍTONO TITTA RUFFO EN LA ÓPERA DE THOMAS «HÁMLET»

(De fotografía de A. Ermini)

SIR HERBERTO ENRIQUE ASQUITH

NUEVO PRIMER MINISTRO INGLÉS

Quebrantado por una larga y grave dolencia, que se recrudeció á la muerte de su esposa, sir Enrique Campbell Bannermann, primer ministro inglés, se ha visto obligado á presentar la dimisión de su cargo, que desempeñaba desde hacía dos



Sir Herberto Enrique Asquith,
recientemente nombrado por el rey Eduardo VII primer ministro de Inglaterra. (De fotografía.)

años. Político de gran talento y de muchos prestigios, ha sabido durante su gobierno fusionar y armonizar los diversos y en muchas cosas contrapuestos elementos que constituían el ministerio y la mayoría, y conquistarse las simpatías, no sólo de su partido, el liberal, sino también de las oposiciones.

El retrato de sir Campbell Bannermann y algunos datos biográficos los publicamos, á raíz de su nombramiento de primer ministro, en el número 1 251 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El rey Eduardo VII recibió en Biarritz la dimisión y después de aceptada en los términos más encomiásticos para el dimisionario, llamó á sir Herberto Enrique Asquith, que desempeñaba la cartera de Hacienda, y le nombró primer ministro encargándole la reorganización del gabinete.

Sir Asquith nació en Londres en 1853. Se educó en Oxford, y terminada en dicha Universidad la carrera de abogado, se estableció en la capital del Reino como *barrister*.

Siéndole la fortuna poco propicia en el ejercicio de la abogacía, pretendió un destino del Estado. Gladstone le dió un empleo, y á los pocos meses el modesto jurisconsulto adquirió gran notoriedad en el proceso que, á petición de Parnell, se instruyó contra *The Times*.

Mister Asquith demostró que las cartas en que el gran diario londinense documentaba sus acusaciones contra Parnell, afirmando hallarse escritas por éste, eran falsas de toda falsedad.

A partir de aquella versión, Asquith subió rápidamente.

Fué diputado, y atacó tan sin compasión á Salisbury, que dió origen á una crisis.

Gladstone formó el nuevo gobierno, y Asquith fué su ministro del Interior.

Al estallar la guerra anglo-boer, Asquith, con lord Rosebery, con sir Edgar Grey y con Haldane, fundó la Liga liberal, partidaria de la guerra, y al iniciarse en el Parlamento el proteccionismo de Chamberlain, lo atacó rudamente.

Llamado al poder sir Campbell Bannermann, contó desde luego con la valiosa cooperación de Mr. Asquith, no sólo por su asombrosa competencia financiera y su saber político, sino por sus grandes condiciones de orador parlamentario.

Graziella Paretto,
soprano ligera, contratada para la temporada de primavera de nuestro Gran Teatro del Liceo. (De fotografía.)

BARCELONA. - GRAN TEATRO DEL LICEO

TEMPORADA DE PRIMAVERA

Cuando este número se publique habrá comenzado ya la temporada de primavera de nuestro primer coliseo lírico. Corta será esta temporada, pero en cambio, como decíamos en nuestro número anterior, pocas veces y en pocos teatros se habrá visto reunida una compañía tan notable como la que ha contratado el Sr. Bernis. Titta Ruffo, el famoso barítono, y el no menos famoso bajo Teodoro Chaliapine, son dos artistas que hoy figuran entre las más brillantes *estrellas* del arte del canto; el primero cantará *Amleto*, de Thomás, y *Rigoletto*, de Verdi, y el segundo, *Mefistófeles*, de Boito, de cuyo protagonista ha hecho una verdadera creación. Pero no son estas las únicas notabilidades que podrán aplaudir los filarmónicos barceloneses; la señorita Graziella Paretto, de quien se asegura que está llamada á ser una segunda Patti, cantará *Amleto*, *Rigoletto* y *Lucia di Lammermoor*; la señora Passini-Vitale verá reproducidas las ovaciones que en la temporada anterior logró desempeñando el papel de *Sieglinda* en *La Walkiria*, de Wágner, ovaciones que compartirá, como las compartió entonces, con el tenor Vaccari y el barítono Kaschmann; y Garbin, el tenor ya tan ventajosamente conocido de nuestro público, se presentará nuevamente interpretando el Rodolfo de *La Boheme*, de Puccini. Los demás artistas contratados, señoritas Grisi, Baldassare, Campagnoli, Pozzi y Lucci y el tenor Schiavazzi, de la Scala de Milán, son desconocidos en Barcelona, pero las noticias que de ellos se tienen permiten esperar que estarán á la altura de sus compañeros.

Dirigirá la compañía el reputado maestro señor Vitale, que recientemente ha sido nombrado director de orquesta del citado teatro milanés, y completará ese excelente conjunto el maestro Acerbi, que en las últimas representaciones de *Los maestros cantores de Nuremberg* fué objeto de merecidas ovaciones por la perfección con que los coros, por él ensayados y dirigidos, desempeñaron su dificilísima parte en dicha ópera.

BARCELONA. – CARTEL ANUNCIADOR DE LAS FIESTAS DEL 50.º ANIVERSARIO DE LOS JUEGOS FLORALES. OBRA DE RAMÓN CASAS.

Nuestra ciudad se dispone á celebrar con grandes fiestas el 50.º aniversario de la fundación de los Juegos Florales, haciéndolas coincidir con las de la conmemoración del sexto aniversario del nacimiento de D. Jaime I *el Conquistador*, que á este efecto fueron en su día aplazadas.

Tales fiestas prometen ser solemnísimas y á ellas concurrirán representaciones de todas las regiones que en tiempo de aquel gran monarca formaban la Corona de Aragón y se asociarán todos los admiradores entusiastas, así de España como del extranjero, de aquella institución de los Juegos Florales que, nacida al calor del cariño de unos pocos á la lengua catalana, ha llegado á un grado de esplendor incomparable y ha sido el factor más poderoso y el impulso más eficaz del renacimiento literario, artístico y político de Cataluña.

Para anunciar esas fiestas, el famoso pintor Ramón Casas ha hecho el cartel que adjunto reproducimos y que es una obra bellísima bajo todos conceptos. Sencillo en su composición, grandioso en su dibujo, suave en su colorido, el cartel de Casas puede colocarse al lado de los mejores en su género; la majestad de la figura corresponde á la alteza del pensamiento que simboliza y los pocos elementos decorativos armonizan admirablemente con la sobriedad con que aquélla está trazada y son perfectamente adecuados al objeto á que el cartel se destina.

Cartel anunciador de las fiestas que con motivo del 50.º aniversario de los Juegos Florales de Cataluña se celebrarán en esta ciudad en el próximo mes de mayo. Obra de Ramón Casas.

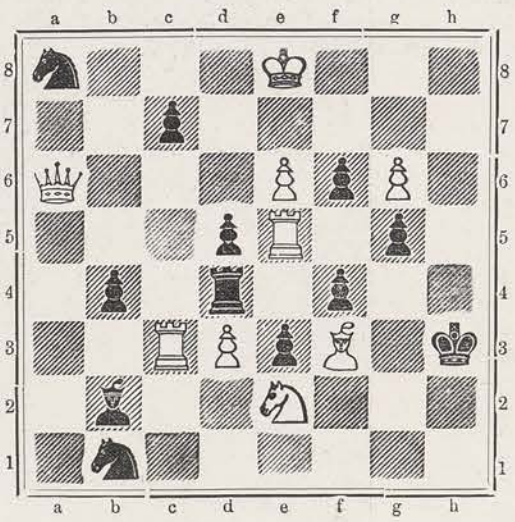
Espectáculos.—BARCELONA. – En el Principal se ha estrenado con buen éxito *Parada y fonda*, sainete en un acto de F. Figueras y Ribot y Francisco de Boter.

– Contratada por el *Orfeó Catalá*, la célebre Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por el eminente maestro Strauss, dará tres conciertos en los días 15, 16 y 17 del próximo mayo. En el repertorio que dicha orquesta ejecutará figuran, entre otras obras, las sinfonías quinta y octava de Beethoven, la sinfonía *Júpiter*, de Mozart; las oberturas de *Tannhauser* y de *Los maestros cantores de Nuremberg*, la escena del *Venusberg* y el *Encanto del Viernes Santo* de *Parsifal*, de Wágner.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 492, POR V. MARÍN.

NEGRAS (12 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 491, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D d2 – a2	1. d6 – d5
2. C f8 – g6	2. Cualquiera.
3. D, C ó T mate.	

VARIANTES.

1..... A b1 x a2;	2. C c4 – d2 jaq., etc.
R c4 x f3;	2. D a2 – g2 jaq., etc.
R e4 – d5;	2. T f3 – f5 jaq., etc.
Otra jug.ª;	2. C c4 – d2 jaq., etc.

ALEGRE

Novela original de Gustavo Martínez Zuviría.—Ilustraciones de Cutanda. (conclusión.)

Los dos se abrazaron. El muchacho reía de gusto y el tío Delfín lloraba

Cuando acabó, el tío Delfín lo estrechó entre sus brazos y lo besó en la frente.

—¡Pobre Alegre! Yo también he sufrido.

Y con la misma sencillez de Alegre contóle la historia de esos dos años.

Era monótona: cien tempestades sufridas en cien mares; las peripecias de todos los marinos con idénticas aventuras é iguales peligros. Sólo que hacía ya cuatro años que no veía á sus hijos; siempre esperando una ocasión que no llegaba, y sufriendo siempre la misma decepción. El *Santa Ana* había cambiado de patrón y de itinerario; ya no se acercaba á la costa donde él tenía su hogar, aquel hogar que tanto quería y en el que lo esperaban sus hijos solos, porque su mujer, ¡pobre tío Delfín!, había muerto; poco tiempo antes recibió la noticia en una carta con seis meses de retraso; los pobres chicos, sus hijos adorados, habían quedado á cargo de una parienta lejana, que sólo esperaba la llegada de su padre para deshacerse de ellos.

—¿Y qué hará usted ahora?

—¿Ahora? Pues hacer el último viaje en el *Santa Ana;* vamos á Valparaíso; de allí volveremos á Buenos Aires, y de Buenos Aires nos iremos á Palermo; allí desembarcaré; mi contrata habrá concluído; mis hijos me esperan...

—¿Y no volverá á embarcarse?

—¡Hum! Quizás; quién puede decirlo; pero sólo después que los chicos estén bien colocados; además, estoy volviéndome viejo y las cuadernas se aflojan.

Y al decir esto el tío Delfín estiraba los brazos enseñando su musculatura de titán.

—¿Verdad que aflojan, Alegrillo?

La admisión de Alegre como grumete á bordo del *Santa Ana* era lo que más difícil parecía. La tripulación del buque estaba completa, y el capitán Volpi, hombre tacaño si los hay, no aumentaba así como así su presupuesto de gastos.

Esto aparte de que el muchacho con su aire tristón y candoroso tenía más aspecto de monaguillo que de grumete.

—¡Por Santa Ana!, decía el capitán soltando un taco y sacudiendo rudamente al chico, me parece que tú no sirves para maldita la cosa. A ver, trepa al trinquete.

Alegre quitóse la blusa y en un abrir y cerrar de ojos llegó al extremo del mástil.

—Enverga la vela.

El negrillo obedeció.

—Larga un rizo... ¡Diablo!, masculló Volpi, admirado de la soltura y limpieza con que Alegre ejecutaba las maniobras como si hubiera sido un gaviero de profesión. No será un mal grumete; puedes bajar, chiquillo, y á tierra, que apenas te quedan tres horas para hacer tu maleta. A las dos en punto estás aquí, ó pierdes el viaje y el empleo, ¿entiendes?

El capitán había despedido esa mañana á uno de sus hombres; no podía haber venido más á tiempo aquel negrillo. Alegre era ya un marino. A las cinco de la tarde, el bergantín *Santa Ana,* lejos ya del puerto, con todas sus velas desplegadas, marchaba á razón de diez millas por hora hacia los mares del Sur.

Alegre, á popa, inclinado sobre la borda, veía esfumarse los detalles de la gran ciudad.

Al sentir el chapoteo del agua que batía las maderas del buque, al ver las inmensas velas blancas extendidas sobre su cabeza, al alejarse de la tierra, le pareció que se despojaba de parte de sí mismo, que su corazón quedaba en ella, en su segunda patria, en la patria de Margarita.

Le pareció que al huir de ella, quizás para siempre, huía del recuerdo de su amiguita. Creyó ver de nuevo la dulce figura de la niña, que con ademán suplicante lo llamaba.

—¿Te vas, Alegre, te vas? ¡Ingrato!

Era su voz argentina, vibrante, musical; aquella voz armoniosa que lo enloquecía.

Alegre hubiera querido volver; pero el *Santa Ana,* arrastrado por la brisa, volaba hacia alta mar.

Las nostalgias de la patria invadieron su alma; sintió que sus lágrimas se desbordaban, y avergonzado de llorar, siendo todo un marino, ocultó la cabeza entre las manos.

—¿Lloras, hijo mío?, díjole alguien acariciándolo. ¡Pobrecillo!

Era el tío Delfín, que á través de esas lágrimas veía todo lo que pasaba en el corazón del grumete.

XXXVII

UN HÉROE DE DOCE AÑOS

Un chico que á los doce años ni juega ni ríe á carcajadas, es para los marineros, gente grosera por lo general, un simple que sólo sirve para blanco de las burlas de los otros.

Alegre no jugaba ni reía; su tristeza silenciosa era atribuída á cortedad de genio; á bordo no conocían el drama de su vida. Por eso allí no tenía más amigos que el contramaestre.

Cuando las ocupaciones retenían al viejo marino, Alegre vivía como un pájaro en la arboladura, dejando correr las horas, con la vista clavada en el horizonte, hacia el Norte, como si sus ojos sugestionados descubrieran en las azules lejanías del Océano algo que nadie descubría.

Eso sí, cuando el tío Delfín estaba en la rueda del timón, el chico, si no tenía entre manos alguna tarea de grumete, iba en busca de su amigo, y juntos pasaban el tiempo conversando en voz baja, como dos conspiradores.

El tío Delfín hablaba de la mar, de su patria, de sus hijos; de sus hijos sobre todo: allí estaba su flaco; no veía las horas de llegar á Valparaíso para volver á Sicilia, dar un adiós á la mar y buscar un pedazo de tierra firme donde echar el ancla y pasar el resto de sus días junto á aquellos pedazos de su alma. ¡Dios de Dios!, hubiera dado gustoso la mitad de ese resto por abrazarlos cuanto antes; uno, Felipillo, tendría doce años, como Alegre, porque cuando lo dejó era un gracioso diablillo de robustos mofletes, moreno como un bandolero de ocho abriles; el otro tendría á lo sumo nueve, ya se ve, Pedrito era un dulce querubín de cabellos de oro y ojos azules, que apenas frisaba en su quinta primavera cuando él se embarcó la última vez.

Después el tío Delfín callaba, comprendía que al recuerdo de sus hijos debía unirse el de su esposa, pero la herida aún estaba fresca; hablar de ella era enternecerse, era sentir un escarabajeo en el corazón y un ardor en los ojos, que se le nublaban, á él, todo un lobo de mar, un...

—¡Vientre de ballena!, gritaba el contramaestre para cortar el hilo de sus pensamientos. Alegre, ¿quieres que te cuente un cuento?

Y como Alegre siempre quería, comenzaba: «Era á principios del siglo...»

—¡Ah!, interrumpió el chico. ¿El de Enrique, el hijo del capitán?

—Sí; ¿lo conoces?

—Como que usted mismo me lo contó.

—¿Yo? ¿Cuándo, hijo mío, cuándo?

—La tarde aquella en que nos conocimos, en Nápoles, al embarcarnos con *il signor* Bertoni.

—¡Ya! Pues tienes razón. ¡Qué memoria la mía! A ver, busquemos otro.

—¡No, no! Siga; ¡es tan lindo ese cuento!

El tío Delfín contaba por segunda vez la aventura del hijo del capitán, y al siguiente día, á ruego de Alegre, volvía á contarla, y después lo mismo, y siempre al acabar oía decir al chico:

—¡Yo quisiera ser como Enrique!

—¿Un héroe de doce años? ¡Difícil es! ¡Con todo..., ¿qué edad tienes tú?

—Doce años..., lo mismo que Enrique.

—¡Es verdad! Pues, chico, difícil es, pero no imposible; á tu edad no quiere uno jugarse la vida; con todo, ¡qué diablos!, quién sabe si llegarías á serlo; apostaría doble contra sencillo á que de ti saldrá un nuevo Enrique. ¿Me dejarías perder, Alegre?

Alegre sentía correr por sus venas una sangre generosa; ciento contra uno hubiera podido apostar. Y el tío Delfín guiñaba un ojo: aquel grumete tenía arboladura de héroe.

Una tarde navegaba el *Santa Ana* á la altura del cabo de las Once mil Vírgenes.

El día había sido caluroso, más que caluroso, pesado. Ni una racha de aire acariciaba las deshinchadas velas que caían á lo largo de los mástiles, chicoteando las vergas con aleteos de pájaro moribundo. Se había largado todo el trapo para aprovechar el menor soplo de aire; pero ni por esas. El bergantín en medio del mar permanecía inmóvil, como anclado en una inmensa balsa de aceite.

El tío Delfín en el timón contaba cuentos á Alegre. A pesar de la serenidad de la tarde, estaba inquieto: algo presentía, y su instinto de marino no solía engañarle. Las velas continuaban golpeando flojamente los palos; sin embargo, no se escapó á sus

miradas un estremecimiento de la lona; acababa de levantarse una brisilla ligera; miró al mar; el agua, tersa minutos antes como un cristal, se rizaba levemente.

—Ya tenemos brisa, oyó decir á uno de los marineros; por fin vamos á movernos.

El viejo lobo, volviéndose, escudriñó ávidamente el Levante. Un velo plomizo iba envolviendo el horizonte. El tío Delfín, al ver aquello y al sentir que una ráfaga húmeda y fresca le acariciaba el rostro, frunció el ceño.

—¡Tiburones!, murmuró para sus adentros.

—¿Y qué más?, preguntó Alegre impaciente por saber lo que faltaba del cuento.

—Mal tiempo para cuentos, chiquillo; anda, llama al capitán, porque estamos de baile y antes de media hora, ¿eh?

El capitán Volpi salió á poco de su camarote, adonde Alegre fué á arrancarlo de una siesta patriarcal.

—¿Qué hay?, preguntó malhumorado, aspirando con avidez el aire fresco.

—Que ya le tenemos, capitán.

—¿A quién?

—Al Levante; se nos viene encima.

El capitán paseó sus miradas soñolientas por el horizonte, y respondió encogiéndose de hombros y dando una media vuelta:

—¡Psh! Tanto mejor; tendremos viento; cuando llegue que avisen.

Y se zambulló en la cámara.

—¡Cachalote!, refunfuñó el tío Delfín. Siempre dije que tú entendías tanto de mar, como yo de cantar misa. ¡Vientre de ballena!, que avisen cuando llegue, ¡y le tenemos encima! Tanto mejor, nos moveremos, ya verás si nos moveremos y antes de media hora.

En efecto; no habían pasado treinta minutos, y ya cárdenos relámpagos cuarteaban los nubarrones plomizos que habían ido cubriendo todo el Levante.

Se oyó un trueno sordo como un toque de alarma, y un torbellino envolvió al bergantín.

Las velas se hincharon de golpe; crujió la lona; gimieron los obenques y el buque partió hacia el Sur como una flecha.

—¡Rayo de Dios!, rugió el tío Delfín. Anda, muchacho, despierta á ese hombre; dile que ya ha llegado; ¡que venga con mil diablos!

Alegre corrió á la cámara. El viejo marinero hizo sonar su silbato de contramaestre.

—¡A su puesto cada uno!, quería decir aquel estridente silbido.

El capitán subía despierto ya del todo, comprendiendo su imprudencia.

—¡Arría mayores!, mandó con voz que no pudo ahogar el fragor de la tormenta que empezaba.

Los marineros se lanzaron á los palos y desanudaron las jarcias para arriar las velas, pero el huracán no les dió tiempo.

Reventó el trueno, y la segunda racha envolvió al buque tumbándolo.

Si mano menos experta que la del tío Delfín hubiera empuñado la rueda, de seguro hubieran zozobrado; pero allí no había otro que el viejo marinero que con un golpe de timón á tiempo enderezó el barco; y aunque el viento arrancó en su brusca arremetida la mitad del velamen, con el trapo restante el *Santa Ana*, dando tumbos sobre las olas, partió como un caballo desbocado.

Principiaba la lucha siempre admirable entre la naturaleza y el hombre.

De una parte la fuerza brutal, irresistible, de los elementos sublevados. De la otra la inteligencia.

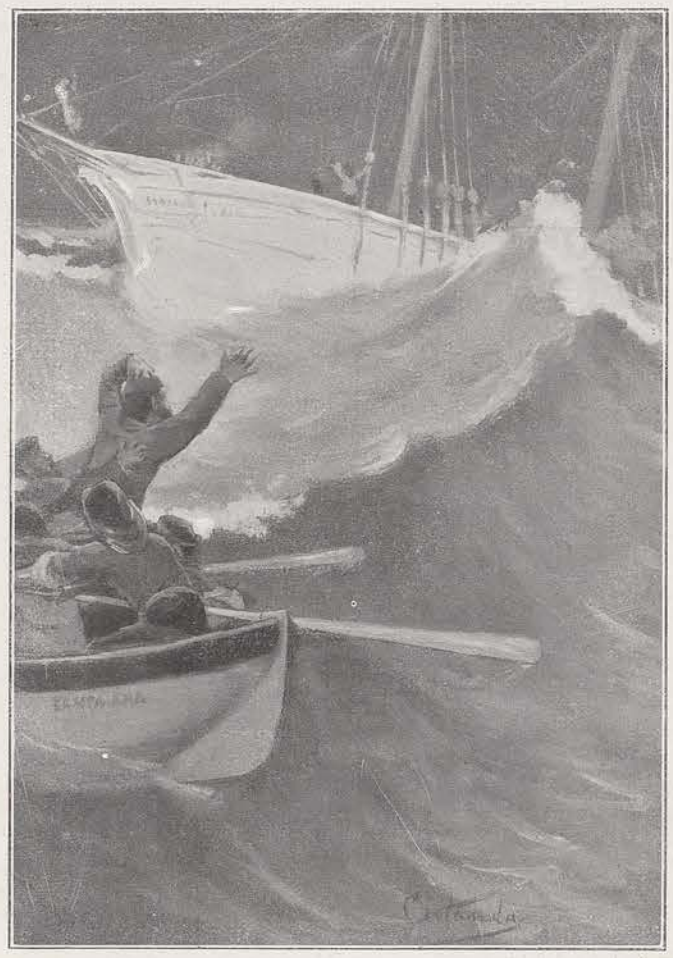
El cielo en la parte del Noreste se había cubierto de obscuros celajes, que avanzaban en tropel como escuadrones en línea de batalla; los rayos del sol orlándolos de oro al dorar sus orillas desgarradas, prestábanles algo de fantástico. De cuando en cuando rasgaba su negro vientre la fosfórica luz de un relámpago ó el ziszás de un rayo que estallaba en sus entrañas, y á poco se oía la voz del trueno sordo y prolongado unas veces como el desplome de una torre, otras crepitante y seco como una descarga de fusilería. Esto arriba.

Abajo, el mar habíase llenado de tumefacciones como si un infierno hirviera en sus entrañas. De la parte del levante avanzaba un murallón líquido, verdoso, rizado, con flecos blanquecinos en la cima.

Y entre mar y cielo el bergantín *Santa Ana*, á pesar de su escasa lona, huía en carrera desatentada delante del huracán.

Allí estaba la salvación: huir esquivando las embestidas furiosas y los bruscos maretazos, que hacían crujir las ensambladuras del casco, y que de cogerle desprevenido hubieran anegado el barco.

Por fortuna allí estaba el tío Delfín, que haciendo pie en una saliente de la cubierta, sostenía con todo el cuerpo la rueda del timón, espiando en la movediza superficie del agua un resquicio, una salida cualquiera por donde escapar de las olas, ó una pendiente fácil de escalar para encaramarse hasta el combado lomo de alguna de ellas, para que ella misma, protegiéndolo á pesar suyo, lo llevara consigo.



—¡Alegre!, decía ¿quieres ser, como Enrique, un héroe de doce años?

La tripulación, amarrada á los palos para resistir los golpes de las olas que barrían la cubierta, permanecía alerta para la maniobra, fiándose más de la pericia del contramaestre que de la del capitán. También éste lo dejaba todo en manos del viejo lobo.

Alegre, cerca de la rueda del timón, amarrado por mitad de la cintura á un calabrote, miraba más sorprendido que asustado la escena que le traía á la memoria el recuerdo de otra no muy lejana, pero mucho más terrible. Entonces tenía miedo, ahora no. ¿Quién podía tenerlo al lado de aquel valiente marino, que afirmado en la rueda, rígido, como si sus pies estuvieran remachados en la cubierta, resistía inconmovible los chicotazos con que el mar le azotaba, y por pensar en la salvación de los otros no se acordaba de la propia?

A cada instante estallaba sobre sus cabezas un rayo, que como una culebra de oro se descolgaba de las nubes al mar. Hubo un momento en que un trueno espantoso hizo vibrar al buque entero desde la quilla hasta la punta de los palos. Un alarido de terror se escapó de todos los pechos; un globo de fuego, una centella, deslizándose por los obenques, fué á reventar casi encima de la cabeza del timonel.

Durante varios segundos todos quedaron encandilados. Cuando el tío Delfín abrió los ojos, consultando la brújula, vió que el barco se dirigía un cuarto más al Oeste de su rumbo verdadero. Movió la rueda del timón volviéndole á su posición anterior. El cabeceo del buque se acentuó más. ¿A qué se debía aquello? ¿Había acaso cambiado de rumbo la tormenta? El viejo marino no lo comprendía; pero aun á costa de atravesarse un poco á la mar, era preciso conservar el derrotero que marcaba la brújula; aquellos mares estaban sembrados de islas y bajíos, y el camino más seguro para correr delante del huracán y evitar al mismo tiempo los escollos, era el que llevaban.

Una hora larga debieron de correr así.

La fuerza del huracán no amainaba, antes parecía aumentar á cada minuto. Pero el *Santa Ana* era un barco sólido, y dirigido como iba por una mano experta, era en vano que las olas se cansaran persiguiéndolo y embistiéndolo por la popa; el buque, dócil al timón, hurtaba el casco á aquellas moles de agua turbia que se desplomaban junto á él, y ligero como un corcel que siente la espuela, huía dando tumbos sobre la movible superficie del mar.

—¡Bravo!, murmuraba el tío Delfín, aferrándose á la rueda con uñas y dientes. Ya podéis, hijitas, cansaros corriéndonos; á Dios gracias el casco es sólido, y si la arboladura resiste, apuesto doble contra sencillo á que no nos pilla la noche sin estar en refugio seguro. A pesar de esto, el viejo marino no las tenía todas consigo. Cuando reventó la centella sobre su cabeza, se encandiló, y hubo de pasar un minuto ciego como si le hubieran quemado los ojos; pero estaba seguro, ¡diablo si lo estaba!, de no haber dejado moverse un milímetro la rueda del timón; buen cuidado tuvo de mantenerla firme, como si su quicio se hubiera fundido con el eje. ¿Por qué, pues, la aguja magnética señalaba un cuarto al Este el rumbo verdadero? ¿Cómo se había desviado tanto sin sentirlo? Esto le daba mala espina.

De pronto vió la explicación del enigma clara como la luz del día y terrible como una sentencia de muerte.

Su oído, habituado á distinguir unos de otros todos los ruidos del mar, acababa de percibir un rumor que no se parecía ni al estampido crepitante ó sordo del trueno, ni al peculiar estruendo de las olas de alta mar, ni al golpe seco de los maretazos en las bandas del barco. Era un rumor sostenido como un redoble de tambores sonoros; un eco prolongado como si mil carros corrieran despeñados sobre un montón de piedras.

El contramaestre tembló.

—¡La resaca!, murmuró.

Y era la resaca, era el bramar de las olas al estrellarse contra una escollera.

Huyendo de la tempestad se habían acercado á tierra; huyendo de un peligro remoto habían ido á caer en las fauces de otro cien veces mayor.

En alta mar, un buen barco puede salvarse corriendo con la tormenta; pero cerca de la costa, donde las olas redoblan su furor y su empuje, el buque más grande es sólo una cáscara de nuez que, á merced de ellas, sin gobierno, sin rumbo, corre ciegamente á hacerse astillas en los escollos.

Y el *Santa Ana* estaba allí, á pocos cables de un acantilado. ¿Cómo se habían acercado á él?

El contramaestre lo sospechaba; el influjo magnético de la centella obrando sobre la aguja imantada, habíala desviado de su recta dirección, engañando al timonel con el rumbo falso que señalaba y que lo había arrojado contra la costa de que debía huir.

La tripulación toda oyó el rumor de la resaca, comprendió el peligro, y un solo grito salió de sus pechos: «¡Perdidos!»

El capitán corrió á proa.

—¡Un cuarto á estribor!

El timonel movió la rueda; el buque dió un bandazo al virar, y encabritándose hundió su proa en el hirviente remolino de las olas.

Era tarde para enmendar el yerro cambiando de rumbo; sólo alcanzó á correr unas cuantas brazas; sintióse un áspero rozar de maderas que hizo vibrar al barco, oyóse un crujido enorme, el trinquete saltó hecho astillas, las velas volaron en jirones, y el bergantín quedó clavado en el sitio, como si una mano invisible lo hubiera agarrado por la quilla.

Con la brusquedad del choque todos quedaron aturdidos; el contramaestre perdió el equilibrio y rodó por el puente, á tiempo que una masa de agua turbia y espumosa caía sobre él barriéndolo de punta á punta; por fortuna el tío Delfín tuvo tiempo de asirse de un cabo, evitando que la ola lo arrastrara al mar. Cuando el maretazo hubo pasado, oyóse el grito de la tripulación.

—¡Encallados!

Y todos corrieron á los botes. Pero de los cuatro que llevaba el bergantín sólo quedaba uno; á los demás los había arrebatado la ola.

En la desesperación de sálvese quien pueda, la tripulación, desmoralizada, corrió hacia aquel pedazo de tabla que les restaba, única esperanza de salvación.

El capitán fué el primero en arrojarse á él. Pero allí estaba el tío Delfín que de un empellón lo hizo retroceder.

—¡Van á hundirlo, brutos!, gritó empuñando su

revólver. ¡En orden todos, ó al primero que se adelante le salto la tapa de los sesos!

El capitán, ebrio de rabia, se echó sobre el bote atropellando al viejo marino. Sonó un estampido, y Volpi, con el cráneo destrozado, rodó por la cubierta.

—¡Uno menos!, rugió el contramaestre. Ahora mando yo; donde hay un capitán que olvida sus deberes, manda el segundo.

La gente, amedrentada, se detuvo.

El barco se iba hundiendo rápidamente; la vía de agua abierta en la quilla debía de ser enorme; era necesario aprovechar hasta los segundos para salir de él cuanto antes; el bote quizás, franqueando la blonda de mugidoras espumas que ceñía la cercana costa, podría arribar á un punto donde fuera posible desembarcar; la empresa era arriesgadísima, pero no había otra esperanza de salvación y era preciso correr el albur.

En el bote á duras penas cabían doce, y eran trece contando el grumete.

La gente comenzó á embarcarse; cuando hubieron subido once, sólo quedaban en el puente Alegre y el contramaestre.

—¡Otro!, gritó éste que llevaba la cuenta. Nadie se movió.

—¡Otro! Que suba el último, Alegre, hijo mío, á ti te corresponde.

Alegre no pestañeó.

—Vamos, Alegre, ¿me oyes?

—¿Y usted, tío Delfín?

—¿Yo? ¿No soy el capitán, truenos? ¿No debo ser el último, rayo de Dios? Vamos, salta, muchacho.

El grumete no se movía.

—¿Qué es eso?, interrogó el contramaestre estremeciéndose. ¿No quieres bajar al bote? ¿No ves que el buque se hunde?

—No importa, yo quiero quedarme; suba usted.

—¡Otro!, gritaban desde el bote impacientes y admirados ante aquella lucha de generosidad. ¡Cabe otro!

El tío Delfín quiso tomar en brazos á Alegre para embarcarlo á la fuerza, pero el chico se le escabulló.

—¡Alegre!, suplicó el viejo, sube, hijo mío; á mí me toca quedarme; soy el culpable de esto; soy el capitán; soy viejo, tú eres joven, ve niño mío; sube, por Dios.

En vano; el chico no se movía; el buque se iba hundiendo más y más; pronto el mar lo cubriría.

—¡Pronto, Alegre, ó mueren todos! ¡Sube ó en breve será tarde! Aún es tiempo; sube, no quieras morir; eres joven, eres niño, yo soy viejo.

—Tío Delfín, dijo Alegre arrojándose al cuello del marino, suba usted, yo no tengo á nadie en el mundo, á mí nadie me espera; á usted sí, sus hijos; Felipe, aquel pirata moreno de doce años; Pedrito, el dulce querubín de nueve, ¿se acuerda? Hace cuatro años que no los ve. ¿Qué será de los pobrecitos si usted se queda aquí? ¡Suba tío Delfín! Yo no tengo á nadie, á mí nadie me espera.

El tío Delfín sintió un vértigo; sus ojos se nublaron; el negrillo lo había herido en la fibra más sensible.

—¡Alegre, Alegrito!, gritó abrazando al niño y besándolo.

Sus piernas se doblaron, su vista se enturbió, y sin conciencia de lo que hacía, se arrojó al bote.

Era tiempo ya; la ligera embarcación se apartó del bergantín, que se iba hundiendo y que la hubiera arrastrado consigo en el remolino que formaran las aguas al cubrirlo.

Cuando el contramaestre abrió los ojos, alcanzó á ver al grumete aferrado á la borda para resistir los chicotazos del mar.

—¡Tío Delfín, rece por mí!, gritaba el muchacho.

Pero el tío Delfín no oía más que el fragor de la resaca.

Alegre no estaba solo; Tell tampoco cabía en el bote. Había ya media vara de agua en lo más alto del puente, y crecía por segundos. Pronto llegó al pecho del grumete; hubiera podido trepar á los obenques, pero era inútil; minutos más tarde ó más temprano, la muerte llegaría, la muerte amarga y fría de las olas.

Se abrazó á Tell que nadaba á su alrededor; alzó los ojos al cielo; murmuró una última plegaria; dedicó un postrer recuerdo á Margarita; se acordó de la *Gaviota* que lo esperaba, y dejó que la mar, un momento calmada, lo envolviera entre sus pliegues...

. . . . . .

Cuando las cofas del bergantín se hundieron, el contramaestre soltó una agria carcajada.

—¡Alegre!, decía, ¿quieres ser, como Enrique, un héroe de doce años? Dificilillo es, hijo mío; ¡pero quién sabe si llegarás á serlo!

Y la risa estridente del loco crispaba los nervios de los remeros del bote, que se acercaba á la espumosa escollera.

FIN

UN SUBMARINO PARA LA PESCA DE ESPONJAS

El vicario general de la diócesis de Cartago, el padre Raúl, que ha estudiado á fondo la industria de la pesca de las esponjas, pensó hace años en aplicar á la misma los progresos de la navegación submarina, y aun llegó á construir con medios rudimentarios un submarino, cuyo funcionamiento, á pesar de sus imperfecciones, le afirmó en sus esperanzas. Recientemente una sociedad fundada bajo sus auspicios en Bizerta ha encargado á la sociedad *Forges et Chantiers de la Mediterranée* un verdadero submarino que hace poco ha hecho con éxito satisfactorio las pruebas de resistencia á la presión.

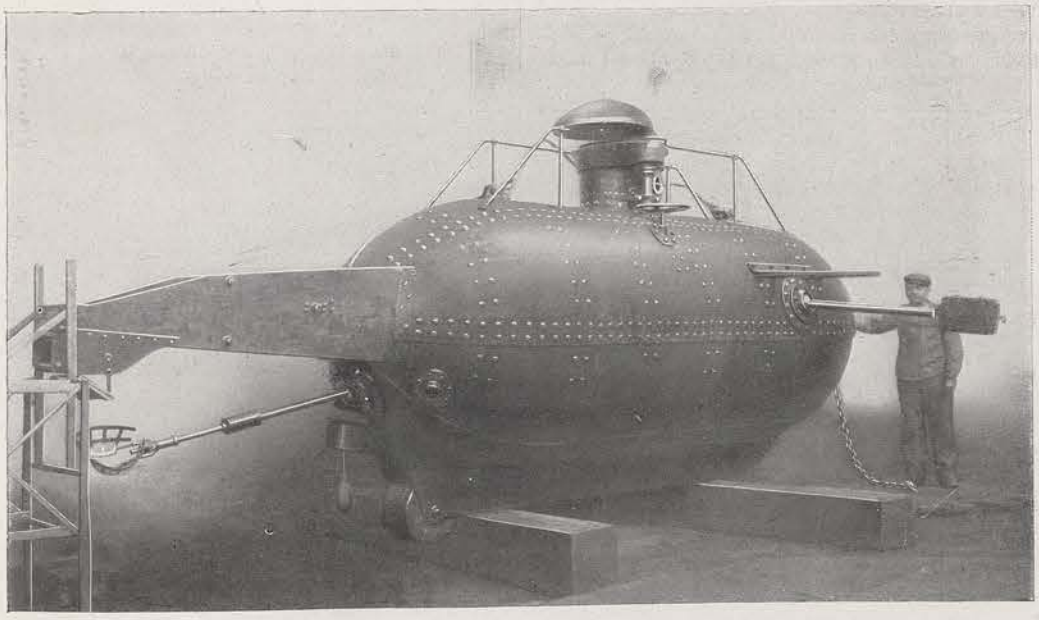


Fig. 1. – Submarino para la pesca de esponjas en la costa de Túnez

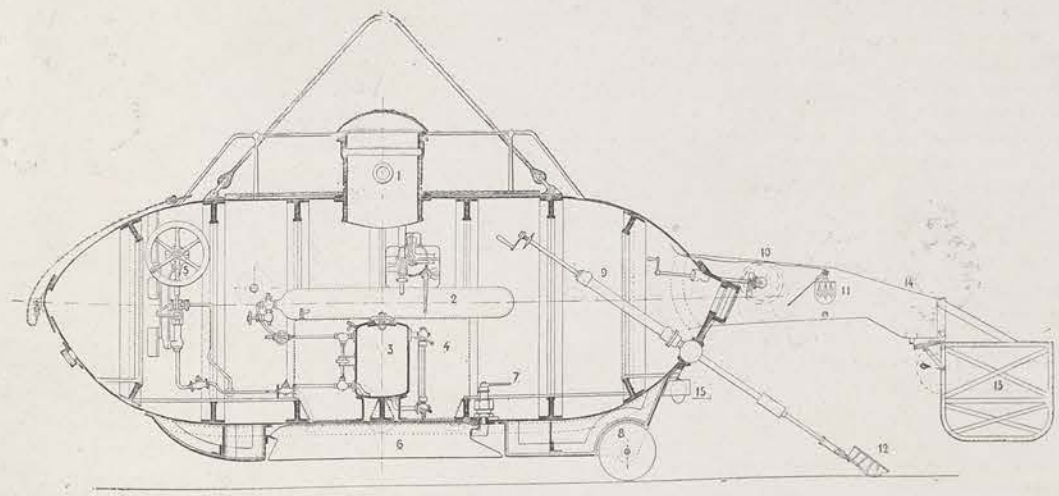


Fig. 2. – Sección longitudinal del submarino. – 1. Capota de descenso. – 2. Depósito de aire comprimido. – 3. Caja de agua central. – 4. Caja de agua lateral. – 5. Bomba. – 6. Plomada de seguridad. – 7. Válvula de la plomada de seguridad. – 8. Rueda. – 9. Brazo movible. – 10. Cabria de maniobra de la plomada de anclaje. – 11. Lámparas eléctricas. – 12. Pinza para coger las esponjas. – 13. Cesta. – 14. Brazo. – 15. Plomada de anclaje.

Este buque desplaza 8.660 toneladas, tiene cinco metros de largo por 1'60 de diámetro y puede llevar dos tripulantes; su forma general es cilíndrica con extremidades esféricas y una sola abertura con un quiosco da acceso al interior.

Los medios de inmersión están constituídos por tres cajas de agua de una cabida total de 560 litros; dos de ellas contienen 500, se llenan directamente del mar y se vacían por medio de una bomba; la otra sólo contiene 60, se llena como las anteriores y se vacía por medio del aire comprimido. Esta última sirve para los pequeños movimientos de inmersión y emersión. Una pesada de seguridad de plomo puede soltarse en caso de necesidad para lograr una emersión rápida.

La propulsión se obtiene mediante dos remos de acero que atraviesan el casco en una juntura esférica estanca.

En la quilla del barco hay una rueda, merced á la cual el submarino podrá moverse sin necesidad de los remos cuando repose en fondos planos de arena dura.

Los medios de pesca consisten únicamente en un brazo de acero que sale por la proa al través de una juntura esférica que permite imprimirle desde el interior movimientos variados. Este brazo lleva en su extremo unas pinzas cortadoras que recogen la esponja y la depositan en una cesta suspendida encima de él. El fondo del mar en que ha de operarse se ilumina por medio de un grupo de lámparas eléctricas y de un reflector, y los

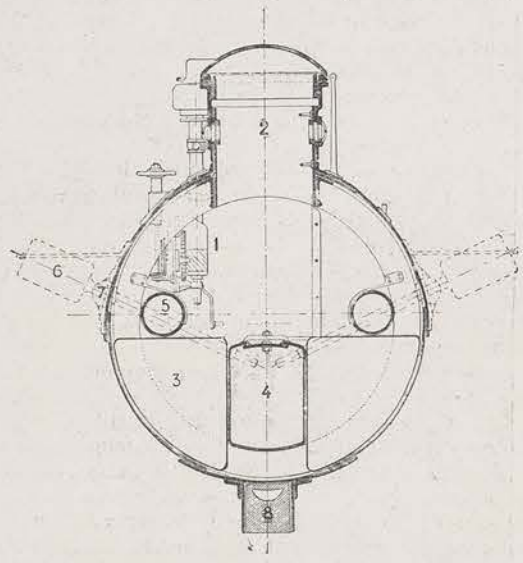


Fig. 3. Sección transversal del submarino. – 1. Aparato para abrir y cerrar la capota. – 2. Capota de descenso. – 3. Caja de agua lateral. – 4. Caja de agua central. – 5. Depósitos de aire comprimido. – 6. Remos. – 7. Junturas esféricas. – 8. Plomada de seguridad.

pescadores exploran el fondo al través de un tragaluz practicado en la proa del submarino y cerca del cual está la palanca de maniobra del brazo movible.

Una bola de plomo, suspendida al extremo de un alambre de acero, puede bajar hasta el fondo ó subir por medio de una cabria instalada en el interior y hace las veces de ancla.

La luz de las lámparas que alumbran, así el interior del barco como el fondo del mar, es producida por una pequeña batería de acumuladores.

Un teléfono pone en comunicación á los dos hombres que constituyen la tripulación del submarino con el exterior. – J.

TOLÓN.-INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á LAS VÍCTIMAS DE LA CATÁSTROFE DEL «JENA»

El día 10 de los corrientes efectuóse en Tolón la inauguración del monumento erigido á la memoria de las 120 víctimas de la explosión del acorazado *Jena*, suceso del que nos ocupamos oportunamente en el número 1.317 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Ese monumento, construído en el cementerio de Lagoubrán, sobre la fosa en que están enterrados los restos de aquellas víctimas, consiste en un cenotafio de piedra dura y de forma clásica, adornado con áncoras en dos de sus lados y con flores en los otros dos, que se alza sobre un pedestal cuadrado de dos metros de alto.

En una de las caras del pedestal hay grabada la siguiente inscripción: «RecuerdoFrancés. El departamento de la Marina, la escuadra del Mediterráneo, la ciudad de Tolón á los oficiales y marineros del *Jena*, víctimas de la explosión del 12 de marzo de 1907. ¡Para nosotros el recuerdo, para ellos la inmortalidad!» En las caras laterales hay inscritos los nombres de todas las víctimas. Cuatro áncoras enlazadas con cadenas rodean el monumento, alrededor del cual se han depositado las muchas y hermosas coronas que figuraron en el entierro y que hasta ahora habían estado depositadas en el Arsenal terrestre.

Tolón.— Inauguración del monumento erigido á la memoria de las ciento veinte víctimas de la catástrofe del acorazado «Jena,» ocurrida en 12 de marzo de 1907.
El contraalmirante Bellanger pronunciando un discurso. (De fotografía de M. Branger.)

Asistió al acto inaugural una muchedumbre emocionada y compuesta de muchos millares de personas de todas las clases sociales. En la comitiva estaban el almirante Marquís y todos los contraalmirantes de la escuadra y del puerto presentes en Tolón, el subprefecto, el alcalde, los concejales, los sobrevivientes del *Jena* y numerosas delegaciones de sociedades con sus banderas. En el cementerio pronunciaron sentidos discursos M. Niessens, secretario general del *Recuerdo Francés*, el contraalmirante Bellanger y el almirante Marquís.

ROMA
EN LAS RUINAS DEL COLISEO

El Coliseo, además del interés que ofrece desde el punto de vista artístico, lo tiene y muy grande en el concepto religioso, porque en él fueron inmolados los primeros mártires cristianos. Nada tiene, pues, de extraño que sean muchas las personas piadosas de todas las nacionalidades, que continuamente, pero en especial durante la Cuaresma y la Semana Santa, acuden allí á orar y á meditar, en el mismo sitio en donde perecieron trágicamente, devorados por las fieras, los primeros propagadores del cristianismo. Algunos peregrinos se llevan como recuerdo piedrecitas recogidas en la arena que en otro tiempo se enrojeció con sangre cristiana.—S.

Roma.— En las ruinas del Coliseo.— Peregrinos rezando por los primeros mártires cristianos en la arena en donde fueron éstos devorados por las fieras. (De fotografía de Carlos Abeniacar)

SURESNES.—INAUGURACIÓN DE UN MONUMENTO Á ZOLA, obra del escultor Derré

El día 12 de los corrientes inauguróse en la ciudad de Suresnes, situada en las inmediaciones de París, un monumento erigido á la memoria de Emilio Zola por acuerdo de aquel Consejo Municipal. El monumento, obra del escultor Derré, álzase en la plaza Trarieux, enfrente del Monte Valeriano, y consiste en un sencillo monolito con un busto en bronce del famoso novelista, unas ramas de hiedra, una inscripción que dice: *Un día Francia me agradecerá que haya salvado su honor.—Emilio Zola*, y una dedicatoria con sólo el nombre de éste.

Las autoridades habían adoptado grandes precauciones y la población estaba llena de gendarmes, de agentes de orden público y de funcionarios de la policía, y en la plaza en donde la ceremonia había de efectuarse no se permitía la entrada más que á las personas que iban provistas de una invitación.

A las dos y media de la tarde comenzó el acto. En un estrado levantado junto al monumento hallábanse los invitados oficiales; junto al alcalde estaban la viuda y los hijos de Zola, varios escritores, senadores, diputados y representantes de los ministros del Interior, de la Guerra, de Instrucción Pública y de Agricultura, entre ellos los Sres. Havat, Frantz Jourdain, Fernando Desmoulins, Bruneau, Fasquelle, Juan Finot, Psichari, Mateo Dreyfus, Gabriel Trarieux, Menard-Dorian, Pablo Strauss, Mascuraud, Poirier, Ferong, Steeg, y las señoras de Dreyfus, Trarieux y Menard-Dorian.

Una música militar tocó la *Marsellesa* mientras se descubría el monumento, y en seguida comenzaron los discursos, por el del alcalde Sr. Diederich. Unas palabras alusivas al hecho de haberse empleado en el busto de Zola una parte del bronce de una campana procedente de la antigua iglesia demolida de Suresnes, palabras ciertamente tan inoportunas como provocativas, produjeron algunas protestas de ciertos individuos que con razón las estimaron como una ofensa á sus sentimientos religiosos. Aquellas protestas dieron lugar á varias detenciones.

Suresnes.—Monumento erigido á la memoria de Emilio Zola é inaugurado el día 12 de los corrientes. Obra del escultor Derré.
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

Al discurso del alcalde siguieron el de Mascuraud, que fué interrumpido repetidas veces por los gritos de «¡Abajo Zola!;» el de Luis Havet, miembro del Instituto, que se manifestó orgulloso de presidir aquella fiesta en honor de la virtud cívica y analizó detenidamente la obra del escritor, y el de Mauricio Leblond, representante del presidente del Consejo de Ministros.

La música ejecutó fragmentos de *Messidor* y de *La falta del P. Mouret* y las jóvenes del conservatorio parisiense «Mimi Pinsón» cantaron, bajo la dirección de Emilio Charpentier, un himno apoteósico á Zola y ejecutaron algunas danzas en un tablado delante del monumento.

Formóse luego la comitiva oficial que se dirigió á la Casa Ayuntamiento, en donde se sirvió un lunch á los invitados y se distribuyeron palmas académicas, una cruz del Mérito Agrícola y varias medallas del Trabajo y de la Mutualidad.

Así terminó aquella ceremonia durante la cual la población estuvo ocupada poco menos que militarmente y se detuvo á diez personas por haber proferido gritos subversivos. Los detenidos permanecieron en la comisaría de policía hasta la noche, en que fueron puestos en libertad.—N.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Data de 1849 — PUREZA DEL CUTIS — Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pône y conserva el cútis limpio y terso
Casa CANDÈS — Bd St-Denis, 16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.
PILULES de BLANCARD
EXIGER LA SIGNATURE
APROBADAS por la Academia de MEDICINA
al IODURO de HIERRO INALTERABLE
DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES
DEPÓSITO: BLANCARD & Cie, 40, R. Bonaparte, Paris.

PECHO IDEAL
Desarrollo – Belleza – Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaferrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

HISTORIA GENERAL de FRANCIA
ESCRITA PARCIALMENTE POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES
Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Marruecos.—El sultán Abd-el-Aziz (×), retrato hecho recientemente en Rabat, actual residencia del soberano marroquí, por un reportero fotógrafo francés. El otro personaje moro es Si Kadur ben Gabrit, intérprete de la legación francesa en Tánger
(De fotografía comunicada por M. Branger)

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".
FUMOUZE—PARIS

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los ***Flujos***, la ***Clorosis***, la ***Anemia***, el ***Apocamiento***, las ***Enfermedades*** del ***pecho*** y de los ***intestinos***, los ***Esputos*** de ***sangre***, los ***Catarros***, la ***Disenteria***, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

Marca de Fabrica Registrada.
PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las ***Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,*** de los ***Reumatismos, Dolores, Lumbagos,*** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón